Globethics Repository



De la postración a la posición erguida
[From prostration to standing on your feet]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Betancur Jiménez, Álvaro Eduardo
Publisher	Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-16 15:01:20
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/198166

Cuestiones Teológicas, Vol. 33, No. 79 **p. 391 - 402**
Medellín - Colombia. Julio-Diciembre de 2006, ISSN 0120-131X

DE LA POSTRACIÓN A LA POSICIÓN ERGUIDA: UNA LECTURA DE LC 13,10-17 EN CLAVE FEMINISTA

From prostration to standing on your feet: A reading of Lk 13,10-17 following a feminist approach

Álvaro Eduardo Betancur Jiménez

Resumen

Nuestra cultura occidental y específicamente la latinoamericana, está marcada por una perspectiva androcéntrica. También la teología y la lectura de la Biblia han sido afectadas por esta mentalidad. Una mirada crítica del quehacer teológico y de la comprensión de la revelación, al descubrir el carácter unilateral y reductivo de esta perspectiva y escuchando la interpelación y la reflexión que provienen de la reivindicación de la mujer en el mundo de hoy, propone leer la Palabra y aprender a vivir el Evangelio tomando en cuenta la riqueza de la hermenéutica femenina. El presente artículo intenta leer un pasaje del Evangelio de Lucas desde esta perspectiva para descubrir cómo el Padre de Jesús libera a la mujer de todo encorvamiento y postración.

Palabras clave: Biblia – Teología feminista - Hermenéutica Bíblica- Evangelio - Lucas (13,10-17).

Abstract:

Our western culture in general and our Latin American environment, in particular, are dominated by an androcentric perspective. Theology and Bible readings have also been affected by such mentality. Now, a critical view of our theological tasks and the comprehension of Revelation make us discover this unilateral and reductive vision. Moreover, hearing the questioning and reflections

* Licenciado en Teología, doctorando en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente. Maestro asistente de la Universidad Católica Popular del Risaralda

Artículo recibido el día 13 de mayo de 2006 y aprobado por el Consejo Editorial el día 26 de mayo de 2006.

Dirección del autor : alebetanji@ucpr.edu.co

coming from the vindication of women today is for us a new calling to read the Word and to lead a new evangelical life bearing in mind the richness of feminist hermeneutics. This article tries to read the gospel of Luke from this perspective to discover how the Father of Jesus frees women from all curvature and prostration.

Key Words: Bible – Feminist theology – Biblical hermeneutics – Gospel – Luke (13, 10-17).

1. ¿POR QUÉ UNA HERMENÉUTICA FEMINISTA?

Nuestra cultura ha estado intensamente marcada por una mentalidad en la que el varón se ha considerado superior a la mujer, lo que ha derivado en una situación de supremacía sobre ella que se manifiesta de muchas maneras en la cultura, en la organización de la sociedad y sus instituciones. Esta situación también ha afectado la vida, la organización y concepciones religiosas, y en particular la experiencia cristiana.

En relación con el tema que nos interesa, la hermenéutica bíblica, esta situación ha generado una lectura de la Escritura desde el varón y desde sus puntos de vista, lo que ha producido de alguna manera un silenciamiento del papel de la mujer y de sus perspectivas, e incluso una justificación religiosa de su subordinación. Pero, además, ha privado a la hermenéutica bíblica de una mirada que sin duda es necesaria para alcanzar el sentido profundo de la Palabra de Dios como palabra de salvación dirigida a todos; esto no sólo en el aspecto ya señalado de una tendencia a ignorar la mujer o a justificar su relegación, sino en un aspecto todavía más decisivo, a saber, la comprensión de la Palabra en su integridad: la Palabra nos entrega el misterio de Dios, el cual no puede ser experimentado ni comprendido desde una perspectiva reductiva, desde un solo punto de vista, en este caso la masculina, so pena de perder la riqueza de la revelación que esclarece todo el misterio del ser humano.

Si podemos hablar así, podríamos decir que una lectura sesgada de la Palabra nos hace perder la integridad de su luz, en este caso sus «rasgos femeninos». Por otro lado, el conocimiento y reconocimiento de cualquier realidad, y en este caso la «realidad divina», para ser plenos, deben realizarse omnicomprensivamente, vale decir, desde lo «femenino» y desde lo «masculino». La mirada que la mujer hace de la realidad, y de la realidad del misterio en particular, intuye aspectos y dimensiones que pueden pasar desapercibidos por una mirada parcial.

Dios nos ha dirigido su Palabra para esclarecer el misterio humano en todas sus dimensiones y concreciones. Eso es lo que expresamos en la fe cuando proclamamos que el Verbo se hizo carne, es decir, asumió la condición humana en toda su plenitud: una palabra dirigida para todos y todas. Ellos, «todos» y «todas», son los destinatarios de la palabra y han sido invitados a apropiarse de la palabra para autocomprenderse

y realizarse en plenitud. Varones y mujeres tienen, por gracia de Dios, la posibilidad de «hacer suya» la palabra. La lectura feminista pretende, en consecuencia, recuperar la universalidad de la revelación; tiene el mérito de superar una visión unilateral y de hacer posible que la salvación sea realidad para todos.

Más todavía: la forma histórica que ha adquirido la revelación en la Escritura se hizo desde un contexto sociocultural específico, con sus posibilidades y condicionamientos. Eso vale también para el tema que nos ocupa: la revelación adquirió forma histórica en un contexto «androcéntrico» y «patriarcal». La lectura feminista (como podrían ser también otras lecturas) permite superar los condicionamientos que pudieron provenir del hecho de que la Escritura fue escrita en un contexto sociocultural marcado por lo masculino y alcanzar estratos de la revelación que por esa razón quedaron ocultos.

Una observación final: la lectura feminista, al rescatar la perspectiva de la mujer, permite incluso una mejor comprensión de lo masculino, que ha sido reducida también a causa de la ignorancia o subyugación de lo femenino. Es decir, podríamos pensar en que la perspectiva feminista tiene una función «redentora» de lo masculino y de la masculinidad. Esto lo podemos observar, por ejemplo, en reflexiones que actualmente se realizan en el sentido de comprender lo masculino y de recuperar dimensiones que, precisamente a causa del androcentrismo, han recortado las posibilidades de ser humanos los varones: la expresión de los sentimientos, la capacidad de llorar, de ser consolados, de reconocer sus impotencias, de reconocer su debilidad, afectos éstos que se perdieron precisamente por el puesto que al varón (y a la mujer) se le asigna en la cultura.

2. CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA HERMENÉUTICA FEMINISTA

La hermenéutica feminista se enmarca en unos cambios paradigmáticos de la hermenéutica en general, que se asoman a aspectos no suficientemente tenidos en cuenta en la clásica hermenéutica fundamentada en los métodos histórico críticos. Se trata de recuperar sensibilidades que fueron relegadas en la modernidad y en la hermenéutica que de ella deriva. Sólo de esa manera se logrará hacer que la Escritura sea palabra del Dios de la historia y de la vida para el creyente en su existencia concreta.

La hermenéutica feminista utiliza una hermenéutica de: la experiencia; la sospecha; la evaluación crítica; la imaginación creativa; la acción transformadora.

Estas perspectivas de la hermenéutica feminista o desde la mujer, suponen la consideración de que el lugar desde el cual se interpreta es un componente fundamental de la hermenéutica y de la comprensión de un texto; el intérprete y su

contexto forman parte del proceso hermenéutico. La lectura desde la perspectiva de la mujer abre posibilidades de lectura en profundidad de un texto, identifica sus condicionamientos (culturales o de género), permite ir más allá de lo que explícitamente contiene o expresa, posibilita la operación de ese carácter del texto literario consistente en evocar y sugerir para que el espíritu del lector comulgue con el espíritu del texto y con el Espíritu que lo ha inspirado. Además, la hermenéutica desde la mujer parte de la convicción de que el texto que expresa la Palabra se lee ante todo para iluminar la vida del lector y eso es posible si, en consecuencia con ello, se lee desde la experiencia (de mujer) y para dar sentido, comprometer en la acción y posibilitar el acontecimiento de la salvación.

Estas aproximaciones hermenéuticas posibilitan escuchar y vivir la palabra desde cualquier cultura y cualquier época; posibilitan, en particular, leer la palabra desde lo que los seres humanos hemos aprendido hoy, también gracias a la Palabra (y en parte a pesar de su cautividad en la lectura androcéntrica): la dignidad de la mujer, la igualdad de los seres humanos, los ideales de democracia y respeto por la diversidad, la superación de los reduccionismos de las épocas y las culturas (en nuestro caso, de la modernidad).

3. LUCAS 13,10-17: LA MUJER ENCORVADA

3.1 Observaciones generales sobre el texto

El texto recoge dos relatos: un relato de milagro y una disputa. El relato de milagro se refiere a la curación de una mujer encorvada; la disputa hace alusión a la interpretación del culto a Dios y en particular a la guarda del sábado realizada, de un lado, por el judaísmo (representado en el jefe de la sinagoga y los adversarios de Jesús) y, de otro, por Jesús mismo y la comunidad cristiana.

Probablemente los relatos circularon independientemente pero se unieron en algún momento, de tal manera que al parecer ya formaban una unidad en la fuente que utiliza Lucas.

Se trata de un relato exclusivo de Lucas, pero que tiene parentesco con otros relatos: la curación del hombre de la mano seca (6,6-11, par), del hidrópico (14,1-5, sin par), del paralítico de la piscina de Betsaida (Jn 5,1-23) y del ciego de nacimiento (Jn 9,1-17); también se puede emparentar con la narración de las espigas arrancadas en sábado (6,1-5 par).

El contexto redaccional es la oposición entre judíos y cristianos, en la comunidad que fue la destinataria del pasaje («el autor del fondo propio» o el mismo Lucas). Se trata en el fondo de la cuestión relativa a la forma como se agrada a Dios y se hace su voluntad: la respuesta judía se concentra en el respeto por el sábado; la respuesta

cristiana va más allá y en oposición a la judía: es el bienestar y la vida humana lo que Dios quiere, y es por tanto el respeto por la vida, la solidaridad y la compasión lo que el creyente debe asumir. Pero se trata también de la cuestión acerca de cómo, cuándo, dónde y para quién actúa Dios o, en terminología de los sinópticos, se hace presente su reinado[1].

3.2 Análisis literario

Jesús enseñaba: el texto de entrada quiere mostrar también a Jesús como maestro, es decir, como quien comunica lo que Dios quiere. Lo que va a suceder es, en consecuencia, enseñanza, «sabiduría» de Dios, nueva forma de entender.

En la sinagoga un sábado: es el lugar de la piedad judía y el tiempo de la obediencia-culto a Dios; el lugar típico de la enseñanza y el día consagrado a Yahveh. Pero es también el día que celebra la creación consumada. Jesús actúa en favor de la mujer, incluso sin ella pedírselo, sabiendo que es sábado y que su actuación será incomprendida desde la perspectiva de la interpretación oficial de las normas que especifican el comportamiento de un fiel judío; él antepone el bienestar-salvación de un ser humano (una mujer) a la rigidez de una ley interpretada literalmente, con lo cual está asumiendo la posición de un profeta que revela la verdadera voluntad de Yahveh. «En el evangelio según Lucas hay infinidad de episodios en los que se presenta una idea fija de Jesús: la felicidad de un ser humano tiene prioridad absoluta, por encima incluso de las prescripciones religiosas, como la observancia del sábado»[2].

«Jesús emplea sus poderes para curar no sólo en una sinagoga, sino incluso en sábado. Estas dos circunstancias de la curación –espacio ('sinagoga') y tiempo ('sábado')- dan relieve particular a los efectos salvíficos que actúan sobre una 'hija de Abraham', en cuyo camino Dios ha puesto a Jesús para que sea liberada de sus ataduras'»[3]. Se usa el impersonal «idei» (= 'es necesario', 'tiene que') porque en Jesús se cumple el plan salvífico: no se trata sólo de la decisión subjetiva de un taumaturgo, sino de la realización de la voluntad divina. Paradójicamente, la oposición viene del jefe de la sinagoga, es decir, de aquél que debería oficiar salvación en nombre de Dios y que usa también el «dei» en relación con el sábado.

Una mujer con un espíritu de enfermedad: no se trata de una posesión, sino de una enfermedad, y por tanto no se trata de un exorcismo sino de una curación. La

[1] Así lo interpreta el Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo, p. 178, al titular el relato «un ejemplo de la naturaleza del reino de Dios»: este pasaje «muestra el significado del Reino de Dios en acción; posteriormente, en 13,18-21, lo ilustrará mediante parábolas».

[2] Fitzmyer, Joseph. *El Evangelio según Lucas*, t. III, Cristiandad, Madrid 1987, 530.

[3] Ibid., 529.

enfermedad es atribuida a un espíritu que invade a la mujer y no la deja erguirse: está atada por Satanás, invadida por un espíritu de debilidad. Lucas distingue entre la enfermedad y la posesión, entre la curación y el exorcismo. El texto no alude a posesión ni a expulsión de demonios, sino a «poseer un espíritu de enfermedad» (literalmente: «poseer un espíritu de debilidad») y alude igualmente a «imposición de manos»: es una curación; la enfermedad, en efecto, es para la cultura judía de la época la manifestación de un desorden producido por un espíritu: «Se trata ciertamente de una enfermedad y de una curación; para el autor del fondo propio – y Lucas comparte su parecer- las enfermedades provienen de la esfera negativa sobre la que reina Satán»[4].

La expresión «espíritu de debilidad» es única en este pasaje del Nuevo Testamento; no se trata de un espíritu impuro, sino de debilidad: «A los ojos de Lucas, que recoge la expresión de su fuente, al pneuma, el 'espíritu' de esta enfermedad se había difundido por el cuerpo de esta mujer para encorvarla y estorbar su movimiento»[5]. Los efectos son «quedar totalmente encorvada»: absolutamente incapaz de enderezarse.

Es una mujer y está encorvada[6]. El estar encorvada le impide caminar erguida, ver el horizonte, dirigir la palabra naturalmente, «ver hacia arriba» en el sentido de comunicarse con la divinidad; ella «anda encorvada, sin poder alzar los ojos al cielo»[7] Es una mujer, esto es, una persona que sufre los efectos de la discriminación en una sociedad pensada y construida para los varones adultos: «uno de los rasgos característicos de Lucas –y que aparece en este episodio- es hacer destinatario de la actuación salvífica de Jesús precisamente a una mujer. Sin duda es un modo de expresar el universalismo de la salvación»[8].

4 Bovon, François. *El Evangelio según San Lucas II* (Lc 9,51-14,35), Sígueme, Salamanca 2002, 482; Ver Fitzmyer, Joseph. *o. c.,* 532.

5 Bovon, François. *o. c.,* 482.

6 «Lo que agobiaba al hombre o a la mujer de la antigüedad era el carácter irremediable de un mal que no mataba, pero que impedía guardar la posición vertical. En efecto, el pensamiento judío opinaba que la posición vertical, la palabra, el discernimiento y la vista que permitía prever las cosas distinguían al ser humano del animal lo acercaba a los ángeles. Pues bien, esta huella de humanidad ha desaparecido en este caso. Y con ella, el poder de enderezarse para mirar hacia arriba (el *sursum* de la Vulgata hace pensar sin duda en el *sursum* corda, 'arriba los corazones', de la liturgia). De este modo, la mujer está privada de una parte de humanidad y de un contacto con la divinidad. Al sentimiento de incurabilidad debían añadirse en ella la humillación personal, la degradación social y los dolores físicos, de los que el texto no dice una palabra. Esta mujer simboliza a una raza humana marcada por la caída (solía oponerse la creación buena, 'cabeza en alto', y el resultado de la caída, el nacimiento de los humanos 'cabeza abajo'). Esta inversión de arriba abajo así como esta mirada fija en el suelo sobre las cosas rastreras, incapaz de elevarse hacia el cielo, no se le escaparía sin duda al lector antiguo, que veía en aquella criatura aislada un símbolo de la creación entera, o al menos de la humanidad pecadora» (Bovon, François. *o. c.,* 483-484)

7 Stöger, Alois. *El Evangelio según San Lucas*, Herder, Barcelona 1970, 195.

Jesús la ve y la llama: le dirige la palabra, la interpela. Al verla no hace alusión simplemente a percibirla, sino a que Jesús no se queda indiferente ante la suerte desgraciada de una mujer, «ante la miseria injusta» «y actúa para corregir sus efectos». Jesús la llama (prosfono, προσφωνω): la interpela, «la llama por su propio nombre»[9]. La mujer, que hasta ahora estaba en el lugar reservado para las mujeres (si es que ya se había decretado esta división en las sinagogas) o en un lugar donde pudiese pasar desapercibida a causa de su enfermedad, se siente llamada, interlocutora de Jesús.

Jesús la declara libre de su enfermedad (ἀπολελύσαι, apolelusai), le impone las manos y la mujer «inmediatamente» es enderezada (pasivo)[10]; la afirmación de Jesús es un acto de lenguaje preformativo. La debilidad de la enferma corresponde a la fuerza que la tiene encadenada, «'quitar las ataduras', 'desatar', deshacer lo que había hecho Satán, es favorecer la recuperación de la vida, liberar a la persona»; para ello es necesaria la intervención de Dios, la cual se expresa mediante la imposición de manos[11].

El enderezamiento es instantáneo (παραχρῆμα: de pronto), con lo que se alude a que la curación viene de Dios: la mujer queda restablecida repentinamente (del verbo anartho -anarqo-: levantarse, ponerse de nuevo en pie), y se pone a dar gloria a Dios, esto es, reconoce de dónde viene su salud, se hace creyente. Se cumple aquí lo que proclaman confiadamente los salmos 145,14 y 146,8: el Señor «endereza los que ya se doblan»[12].

Intervención del jefe de la sinagoga y réplica de Jesús: el jefe se dirige a la gente, no a Jesús, para reclamarles por el hecho de poner en peligro la guarda del sábado; Jesús responde, dirigiéndose a la gente, no directamente al jefe: llama hipócritas a quienes cuestionan la acción de curación en sábado y pone el ejemplo del buey o el asno que es desatado en sábado para llevarlo a abrevar. Se usa la misma palabra «desatar» (λύω) que se usa para hablar de la liberación de la encorvadura de la mujer. En efecto, la mujer ha estado «atada» por el poder de Satán, es decir, sometida a su poder y apartada de la salvación.

El sábado es tiempo para agradar a Dios, y qué mejor para agradarlo que hacer algo por la mujer atada-encorvada. El jefe de la sinagoga, que debería ser el vehículo para el encuentro salvífico con Yahveh, no es capaz de reconocer el signo de la

8 Fitzmyer, Joseph. *o. c.*, 531.

9 Bovon, François. *o. c.,* 484.

10 El uso del pasivo hace referencia a que quien actúa en Jesús es Dios mismo. Cf. Fitzmyer, Joseph *o. c.,* 533.

11 Bovon, François. *o. c.,* 485.

12 Alonso Schökel, Luis. *Biblia del Peregrino. Nuevo Testamento*. Edición de estudio (3ª). Mensajero - Verbo Divino, Bilbao-Estella 1998. 195.

curación[13]. Resulta paradójico: la aparente preocupación por dar culto a Dios y la interpretación de su voluntad condicionada por la rigidez de la ley leída literalmente, ciegan los ojos del responsable del lugar de culto y le impiden ver-descubrir el genuino deseo de Dios revelado en la actuación de Jesús. La religión – religiosidad cierran el paso al Dios que viene y se manifiesta para salvar.

Hija de Abraham: la mujer es reconocida como amada de Dios, heredera de la promesa, miembro del pueblo de Dios[14]. Se trata de una expresión inusitada que nos remite a pensar en la valoración de la mujer en una sociedad de varones adultos y del enfermo en una sociedad construida para los sanos[15]. Si tiene razón Bovon, al asociar esta acción de «desatar» a la mujer encorvada con el desatamiento del hijo de Abraham, Isaac, se reforzaría el contraste entre la religión – religiosidad inventada por los hombres (los sacrificios humanos / la guarda rígida del sábado) y la fe como respuesta abierta y disponible a la venida de Dios («no hagas daño a tu hijo» / actuar a favor de una mujer oprimida).

Dieciocho años: la cifra puede ser meramente casual, pero puede evocar también las dieciocho oraciones que se recitaban en la sinagoga. En este caso, se podría interpretar que la mujer ha estado «atada» por la piedad judía que evidencia ahora su carácter opresivo en la guarda literal del sábado: una piedad que impide liberación[16].

13 El jefe de la sinagoga no es capaz de ver los signos de los tiempos: su aferramiento a su interpretación de la ley y a la tradición humana, «su inaccesibilidad al amor y a la misericordia con una persona afligida le quita la posibilidad de comprender debidamente el tiempo». (Stöger, Alois. *o. c.*, 74.)

14 «La expresión, excepcional, 'hija de Abraham', refleja una fuerte conciencia del pueblo de Dios. No la forjó Lucas. Se remonta a una tradición judeocristiana o al mismo Jesús. El evangelista no la rechaza sino que la integra con su concepción cristiana del pueblo de Dios» (Bovon, François. *o. c.,* 489); el autor asocia esta expresión con el relato el sacrificio de Isaac, que fue desatado cuando se oyen las palabras del ángel.

15 «hija de Abraham: la herencia religiosa judía no está restringida a los sanos o a los varones. Esta mujer pertenece al Israel reconstituido (Cf. Magnificat). Cf. también 19,9, donde Jesús declara que Zaqueo, jefe de publicanos, otro marginado, es un 'hijo de Abraham'. Lo que Jesús ha hecho es liberar a esta mujer, es cumplir su encargo de liberar a los cautivos de las cadenas del mal*». Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Verbo Divino, Estella 2004, 178.

16 "Dieciocho oraciones llamadas así por las 18 («shemone esre) alabanzas de que consta la oración judía, cuyo origen se remonta a la época precristiana, compuestas con elementos de distintas épocas, a las que dio forma definitiva hacia el año 100 d. C. cierto Simón, por lo demás desconocido. Los judíos debían rezar tres veces al día estas d. o., llamadas tefilla. Pero su lugar fijo lo tenían en el culto sinagogal» (De Ausejo, Serafín. *Diccionario de la Biblia*, Herder, Barcelona 1963. col. 474.). «Dieciocho oraciones: (hebr. shemone esre = 18). Oración judía de dieciocho miembros que, en sus partes más antiguas se remonta a la época precristiana, pero que recibió su forma y orden definitivo hacia el año 100 d. C., por obra de Simón el tejedor. En esta época se añadió el miembro 12 que se dirige contra los herejes y, sobre todo, excluye definitivamente a los judeocristianos del culto litúrgico de la sinagoga. Las dieciocho oraciones ocuparon un puesto preeminente en la oración de la sinagoga y todavía hoy son recitadas tres veces al día por los judíos piadosos» (Grabner-Haider, Anton. *Vocabulario práctico de la Biblia*, Herder, Barcelona 1975. col. 391.).

División en el auditorio: la intervención de Jesús despierta la confusión de los adversarios de Jesús, pero en «la gente» provoca el reconocimiento de las obras de Jesús y la alegría por su acción.

3.3 Comentario desde la dignidad de la mujer

Se trata de una mujer y una mujer encorvada[17]. El hecho de estar encorvada le impide «ser alguien» en medio del pueblo de Abraham: no puede dirigir la palabra de igual a igual, está postrada, no tiene posibilidad de dirigirse a lo Alto. El encorvamiento de la mujer evoca las múltiples situaciones de postración y sometimiento de la mujer. En este caso, se trata del yugo de una piedad que esclaviza, discrimina su condición de mujer, la separa de los otros en la oración y el culto. Y el personaje, que en el relato representa el poder que somete-agacha, es el jefe de la sinagoga en su condición de autoridad religiosa y de varón. Es él quien se opone a que la mujer pueda erguirse, amparado en un precepto religioso interpretado literalmente.

La mujer está atada, es decir, sujetada e impedida para ejercer su libertad. Es una situación de opresión y avasallamiento. Algo-alguien la tiene sometida.

En la mentalidad primitiva del pueblo judío no hay un conocimiento de la enfermedad y de sus causas. Una enfermedad es interpretada como la manifestación externa de «un mal interior» o «un mal profundo». No se trata simplemente de una dolencia física; ésta sería relativamente soportable. Lo que duele y apabulla es el «mal profundo». ¿Cuál es este «mal profundo»? Quien está encorvado experimenta, más allá de un malestar corporal, una situación de inhumanidad, es decir, algo que le impide vivir en plenitud y «ser alguien».

Por estar encorvada, la mujer tiene dificultades para ver el horizonte; fácilmente el alcance de su vista se reduce a dos o tres metros más allá de su ubicación; no tiene, en consecuencia, «visión de largo alcance», y por lo tanto no tiene «visión de futuro», más aún, es «alguien sin futuro». Si la vida es camino y el camino «se hace al andar», una mujer encorvada tiene enormes limitaciones para prever el camino y en consecuencia para tener camino. Con frecuencia este vivir «sin futuro» es una situación que vive la mujer precisamente por su condición de mujer: marginada de la esfera pública, impedida para participar en al vida laboral, reducida a un papel secundario en las tomas de decisiones, definida desde afuera para desempeñar un papel que la cultura le asigna, dependiente frente al varón y a la sociedad sexista. Ése es el «mal profundo» que atormenta a una encorvada.

[17] «La curación de una mujer encorvada es señal del alborear del tiempo de la salvación… Delante de Jesús, la gran miseria: una mujer que lleva dieciocho años bajo el dominio del mal espíritu, enferma, encorvada, sin posibilidad de erguirse, completamente inclinada hacia la tierra, sin dirigir la mirada hacia arriba» (Stöger, Alois. *o. c.,* 373).

Pero el encorvamiento es «estar agobiada» y sometida. Es el gran dolor de la mujer: no está «a la altura» de los demás, vale decir, de los varones. En el lenguaje común decimos «caminar con la frente en alto» en alusión a vivir sin complejos de inferioridad, sin sentimientos de culpa, con dignidad; a vivir sin sentirse inferior ni ser propiedad de nadie. No se trata de alguien neutro, sino de una mujer: allí podemos ver representada la situación de tantas mujeres que viven sometidas por el poder de una cultura centrada en el varón. Una situación que le niega el derecho a hablar, a decidir, a participar; que la reduce a ser objeto de placer o dependiente del varón. Es el «mal profundo» que se manifiesta en la enfermedad.

La mujer encorvada no puede mirar a los ojos al otro o a la otra. Por ello no está en condiciones de ser una «interlocutora nivelada» en las relaciones interpersonales y religiosas. Mira «desde abajo» y ve al otro como un superior, no como un «prójimo», un igual. Está limitada para establecer y mantener relaciones de igualdad. No es reconocida como un «tú» igual a su interlocutor, que siempre la mira desde arriba. En el caso de la mujer, ésa es con frecuencia su posición en la sociedad, incluso en una situación cultural que de alguna manera presume haber superado las discriminaciones de género.

¿Cómo ven los demás a una encorvada? La ven como alguien inferior, que despierta sentimientos de lástima, compasión, dependencia y paternalismo. No es el mal físico el que la angustia, sino el menosprecio y el desconocimiento de su dignidad y de su valor. Ése es el «mal profundo». Los «demás» son, en principio, todos; pero en una sociedad donde se trata como «encorvadas» a las mujeres, los «demás» son los varones, en el sentido de que en las relaciones interpersonales, ellos, en lo distintos escenarios de la vida, se sienten «erguidos» frente al «sexo débil»; las ven como hermosas, atractivas, provocativas, útiles, eficientes… pero a la postre, inferiores. Los «demás» son también la sociedad o «el sistema» que define roles, asigna funciones, crea reglas de juego en las que la mujer es usada o convertida en objeto. El texto admite otras lecturas: cualquier ser humano, hombre o mujer, que sea tratado como inferior, vive la angustia de la mujer encorvada; los pobres, los negros, los indígenas, los iletrados, los minusválidos, los ancianos.

Y en las relaciones con Dios, la mujer también experimenta su encorvamiento. No por obra de Dios, que es precisamente quien la endereza por medio de Jesús (Sal 145,14; 146,8), sino del sistema religioso mismo. La mujer judía, de alguna forma, era discriminada también en una comunidad religiosa integrada fundamentalmente por varones adultos. Esta mujer (como también muchas mujeres y muchos hombres en Israel) se sentía frente a Dios como ante un soberano tan santo y trascendente, que ya no estaba «al alcance de la mano» o, mejor aún, al alcance del amor humano.

En efecto, en el Israel del siglo primero la imagen de Dios había experimentado un tal proceso de «trascendentalización» en oposición a la reducción de Yahveh a un «dios nacional»[18], que Yahveh se había convertido en un «dios lejano» inalcanzable,

con quien difícilmente el judío podía establecer una relación personal; ni siquiera se le podía «tocar» pronunciando su nombre (Yahveh). Por eso el judío, en este caso, la judía, se sentía frente a Dios como una extraña, una sierva más que una hija. ¡Qué mayor «mal profundo» que «estar encorvada» frente a Dios! No era la voluntaria postración reverente y piadosa del judío (la judía) creyente que nacía de su decisión libre de someterse a la majestad de quien se reconoce como Señor y Creador, sino el encorvamiento de quien no puede mirar a Dios a los ojos y además está sometida por el peso de una religiosidad - ley que en lugar de engrandecerla la disminuyen.

Ella busca salvación y «vida erguida» en la piedad judía (¿representada en las dieciocho oraciones aludidas por los «dieciocho años» que lleva encorvada-atada esta mujer?), pero en lugar de encontrar liberación se ha tropezado con un sistema religioso que la relega y excluye (en la sinagoga hay un lugar reservado para ellas, a los lados del recinto en el que están los hombres). Y en lugar de encontrar un «ministro» de salvación, se encuentra con alguien que le cierra las puertas porque «es sábado».

La curación no representó aquel sábado en la sinagoga una intervención terapéutica de un curandero prodigioso, sino la actuación salvífica de Dios mismo a través de su enviado Jesús: inmediatamente «fue enderezada», y al serlo, esta mujer recuperó su dignidad de humana, de mujer, de hija, de miembro del pueblo de la promesa[19]. La mujer fue desatada, liberada, recuperó su independencia[20]. Ya pudo caminar erguida[21], gracias a que por Jesús tuvo una experiencia del amor ilimitado e

[18] En la época inmediatamente anterior al exilio, el Dios Yahveh había sido convertido en un «dios nacional» al servicio de una causa política, casi reducido a ser un estandarte de guerra en las batallas que libraba Judá por llegar a ser nación. Los profetas, en particular el Déutero Isaías y Ezequiel, realizan toda una tarea de elaborar una representación más elevada de Dios: Dios es Santo, trascendente, indisponible, Soberano y majestuoso; pero eso, junto con la figura del Dios juez que se desarrolló más intensamente en la apocalíptica (S. II a. C.), condujo a que se tuviera una idea de Dios lejano, infinitamente poderoso y juez terrible e implacable, ante el que más que amor y confianza se siente reverencia y temor. Jesús lo que hace es comunicar su experiencia de Dios como Abba y posibilitar que las personas tengan una experiencia de su amor: Dios al alcance de su amor. En este contexto, el Abba de Jesús no demanda de su hijo postración ni encorvamiento, sino amor. En la postración podríamos leer incluso la manifestación de una concepción de Dios como el que de alguna forma es adversario del ser humano, a la manera de un Zeus celoso de cualquier osadía de Prometeo.

[19] Jesús la llama, le dirige la palabra y le impone las manos: «La salvación alborea en esta mujer: ella se ve libre de las cadenas de Satán y de la enfermedad, se yergue y cobra alientos, se ve en libertad para glorificar a Dios» (Stöger, Alois. *o. c.,* 474).

[20] «Lo que cuenta sobre todo es el vocabulario de la liberación con el que juega el texto: luw es 'desatar', verbo que encontramos en los v. 15 y 16, donde hace eco al verbo apoluw, 'desatar de', 'liberar' del relato de milagro (v. 12)» (Bovon, François. *o. c.,* 489).

[21] Interesante en esta misma perspectiva leer el relato «sinóptico» de la mujer adúltera en el Evangelio de Juan: en el encuentro con Jesús y en la experiencia del amor del Padre que ese encuentro hizo posible, la mujer agobiada y angustiada, anonadada y derrumbada, pudo caminar con la frente en alto… porque había sido perdonada.

irrevocable, personal y total del Padre. Pudo «mirar a los ojos» a los demás, incluidos los varones; se experimentó libre y «señora». Sujeto del diálogo nivelado y de la interlocución. Ya pudo ver el horizonte y encontrarse con el futuro como posibilidad y tarea. Pudo también la mujer sentirse interlocutora de Dios y con capacidad de llamarlo «Abba» y tratarlo como tal: ya no es la postración – encorvamiento la postura ante él, sino la de hija que puede invocarlo «Abba», gracias al Espíritu de Jesús que la ha convertido, de sierva, en hija (Gal 4,6-7).

Pero la mujer-curada tiene en el texto una ministerialidad salvífica para el varón-enceguecido (alienado): los que presencian el hecho y saben leerlo con un corazón desarmado y libre («la gente»), pueden alabar a Dios y cantar sus maravillas al ser mirados de frente por la mujer; la mujer liberada del encorvamiento redime al varón erguido con prepotencia y aparentemente libre, pero en realidad también atado por una religiosidad distorsionada. Efectivamente, en la relación de opresión - discriminación intervienen dos actores, ambos deshumanizados y afectados por la situación de esclavitud: el opresor – discriminador y el oprimido (la oprimida) – discriminado (discriminada). Al soltarse las ataduras de la opresión – discriminación, la mujer es liberada del encorvamiento pero también los varones son liberados de su infundada prepotencia; libres una y otros ahora pueden alabar a Dios como Padre.

Una mujer, en la sinagoga un sábado ha sido desatada, curada de su encorvamiento. Se ha convertido en una mujer con posición erguida: frente a Dios para alabarlo, frente a los varones para ser respetada, frente a la religión para ejercerla como praxis humanizante.

¿La raíz de esta situación? El encuentro con Jesús, quien le posibilitó tener una experiencia de Dios como Abba, con quien podía tener una relación interpersonal y absolutamente cercana. La mujer se experimentó hija a partir de la experiencia del Padre de Jesús.